

Entendemos que los desafíos migratorios representan una preocupación legítima y compleja para cualquier Estado. Precisamente por eso, creemos importante que las decisiones públicas consideren cuidadosamente sus efectos indirectos sobre la infancia y resguarden siempre el interés superior de niños, niñas y adolescentes, especialmente de quienes viven situaciones de mayor fragilidad.

ALEJANDRA CARREÑO

PhD Antropología

FLORENCIA ÁLAMOS GRAU

PhD Neurociencia

PAULA BEDREGAL

PhD Psicología

MARÍA SOLEDAD BURRONE

PhD Medicina

ALEJANDRA PARRA PEÑA

PhD Ciencias Biomédicas

(Esta carta la suscriben 28 académicos)

Un país en Santiago

Señor Director:

Santiago es apenas el 0,3% de la superficie de Chile, pero concentra el país completo. Un país que gobierna desde Santiago. Que juzga desde Santiago. Que emite moneda desde Santiago. Que transa acciones en Santiago.

Que enseña desde las universidades "nacionales" de Santiago. Que inspira desde los museos "nacionales" de Santiago. Que informa desde los medios "nacionales" de Santiago. Que opera sus vuelos internacionales desde Santiago. Que atiende su alta complejidad médica en Santiago.

Que ofrece transporte subterráneo solamente en Santiago. Que decide, desde Santiago, lo que el resto de Chile puede o no tener. Todo esto, a pesar de que el 60% de Chile no vivimos en Santiago.

El resultado es predecible: una capital con una fuerza gravitacional que absorbe todo lo que la rodea y crece sin descanso, habiendo superado hace años su capacidad en agua, aire, transporte y vivienda, rodeada de regiones a las que no se les da nada para competir.

Un círculo vicioso que se autorrefuerza, ya que, como dijo un amigo, siempre va a ser más rentable invertir primero en Santiago.

Santiago es demasiado bueno para su propio bien. Tan bueno que le ha ido chupando el oxígeno al resto del país y ahora es víctima de su éxito.

La pregunta no es cómo arreglar la capital más moderna y desarrollada de América Latina. Es cómo devolverle a Chile la posibilidad de existir fuera de ella. Esa pregunta se responderá en Santiago.

LEO PRIETO
Frutillar

Sobre gratuidad y CAE

Señor Director:

En la columna del miércoles sobre gratuidad universitaria se plantean aspectos relevantes que compartimos, como la arbitrariedad en la regulación de aranceles y los deficientes resultados de esta política. Se trata, además, de un gasto fiscal enorme, donde el presupuesto en gratuidad universitaria casi duplica al de educación parvularia, y que ha crecido fuertemente en desmedro de niveles educativos donde la rentabilidad social es mucho mayor. Y pese a su costo, la gratuidad no ha mejorado el acceso. Corregirla es urgente. Lo más razonable es aplicar mayores controles en la asignación,

limitando los deciles que pueden acceder a ella, especialmente mientras el país no haya satisfecho sus necesidades en educación parvularia y escolar.

Dicho esto, discrepamos en el diagnóstico que se entrega sobre el Crédito con Aval del Estado (CAE). Las elevadas tasas de morosidad que hoy se reportan no son un problema de diseño, sino de aplicación: nunca se implementaron las herramientas de recuperación que la propia norma contemplaba. La baja recaudación no refleja un instrumento deficiente, sino que no se cobró como correspondía, y las acciones recientes de la nueva administración demuestran que, bien gestionado, puede ser eficaz.

La provisión mixta en educación superior es la fórmula que internacionalmente ha demostrado tener éxito, y el camino es avanzar hacia un crédito con pagos contingentes al ingreso y sin intermediación bancaria. Reabrir una discusión que el mundo académico, los expertos y el propio debate legislativo ya zanjaron, como la de reemplazar el crédito por un impuesto al graduado —el FES—, no parece razonable.

FRANCISCA ESPINOZA

Directora de Estudios Acción Educar

Cuba en la encrucijada

Señor Director:

La reciente reunión realizada en La Habana entre el director de la CIA, John Ratcliffe, y el jefe de la inteligencia cubana, Ramón Romero Curbelo, acompañado por el ministro del Interior cubano, Lázaro Alberto Álvarez Casas, podría transformarse en uno de los hechos más significativos en décadas en la relación entre Cuba y Estados Unidos. No solo por el nivel de los interlocutores, sino porque el encuentro fue público, rompiendo una larga tradición de contactos reservados entre ambos países.

La escena recuerda la significativa visita secreta que realizó en 2015 el entonces director de la CIA, John Brennan, durante el proceso de acercamiento impulsado por Barack Obama y respaldado por Raúl Castro. Sin embargo, el contexto actual parece mucho más complejo y contradictorio. Apenas seis días después de la reunión, Washington presentó una acusación judicial contra Raúl Castro por su eventual responsabilidad en la muerte de ciudadanos estadounidenses en 1996, endureciendo nuevamente la presión política y simbólica sobre el régimen cubano. Mientras, Marco Rubio arengó directamente al pueblo de Cuba.

Donald Trump ha evitado ahora una retórica especialmente agresiva hacia La Habana. Al regreso de China declaró que prefería no referirse al caso Castro y, en otras intervenciones, afirmó que "los cubanos necesitan ayuda", que "hay mucho que hablar con Cuba", descartó una escalada militar y autorizó ayuda humanitaria —alimentos y medicinas— canalizada vía Iglesia Católica. Desde Miami, el influente empresario multimillonario de origen cubano Jorge Mas Santos anticipó "cambios profundos" en la isla antes de fin de verano.

Todo ocurre en medio de una Cuba debilitada económica y socialmente, con emigración récord, crisis energética, deterioro productivo y creciente desgaste político interno. América Latina ya no exhibe el mismo respaldo solidario que antaño, mientras Europa permanece absorbida por sus propias tensiones estratégicas. A ello se suma un nuevo escenario global marcado por las crípticas relaciones entre Washington, Beijing y Moscú. El destino de Cuba aparece hoy más incierto que nunca.

JOSÉ SANFUENTES